



LOS
CAUTIVOS
de andrea zurló

LOS CAUTIVOS

Andrea Zurlo

© 2007. Andrea Zurlo. Todos los derechos reservados

© Portada diseño y difusión de la obra: Íttakus

Edición cortesía de www.publicatuslibros.com quedando rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin expresa autorización de su autor.

Publicatuslibros.com es una iniciativa de:

Íttakus, sociedad para la información, S.L.

CIF B 23576481

C/ Sierra Mágina, 10.

23009 Jaén-España

www.ittakus.com



ÍNDICE

Los cautivos	pág 6
Sobre la autora ...	pág 23

LOS CAUTIVOS

A causa de las moscas que le perseguían, amenazando con entrarle en el cuerpo por cualquier parte, el portugués tuvo que acelerar el paso, aunque no deseaba importunar a la señora con una visita temprana. Sin embargo, ella no parecía fastidiada sino agradecida, mientras terminaba de peinarse delante del desconocido, lo que Hilario Souza Gomes intuyó como un puro gesto de femenina coquetería.

- Permítame decirle que le está muy bien el cabello suelto - dijo él, mientras la observaba atarse la trenza cobriza con el lazo de raso negro. Su imagen alta y robusta se reflejaba en el espejo ovalado que colgaba sobre el aparador de roble de la sala.

- En este pueblo, Señor Souza, una asoma la nariz a la calle con el cabello suelto, o con un pequeño escote, y comienzan a mirarle torcido, y se hacen la señal de la cruz como si se tratara de una hereje - Juliet Sindwall hablaba con un marcado acento inglés, que hacía explotar las consonantes y endulzaba las vocales -. Sobre todo desde la muerte de mi marido... A una viuda le conviene enterrarse junto con el marido o escaparse.

- ¿Usted está escapando? - preguntó Hilario Souza Gomes, quien desde hacía algunas semanas había comprado, mediante un intermediario, los campos y la casa de Juliet Sindwall y que era tan ajeno a esos parajes como su interlocutora.

- Honestamente, lo más rápido posible y, sinceramente, pensaba que usted conduciría la finca desde la capital, nunca creí que decidiría enterrarse aquí.

- Tampoco yo pensé que llegaría el momento en el que desearía dejar la capital, pero esa ciudad es una gran olla de vapores malsanos y me dieron ganas de cambiar de aires..., ¡si por lo menos hubiera estado cerca del mar! Así podría haberla soportado: el aire con iodo cura todos los males. Pero en la capital el aire está impregnado del olor del puerto, del matadero y del riachuelo de aguas podridas - Souza Gomes frunció la nariz como si pudiera sentir el hedor nauseabundo de los arrabales.

Juliet Sindwall no respondió, pero la expresión de sus lánguidos ojos verdes demostraba que el aire por esas partes no era de los mejores.

- Aquí tampoco hay mar, sólo una ciénaga que se tragó a unos cuantos y

una sensación de encierro al aire libre - dijo sentándose frente a Souza -. Si estaba cansado de la capital podría haber regresado a casa o, al menos, irse a Brasil.

- En Portugal la situación no es de las mejores y creo que en Brasil volvería a sentirme colono, como en el pasado. Pienso que, cuando uno no encuentra su lugar en el mundo, es mejor irse a un pueblo perdido para intentar recomenzar, y Agua Chica no figura ni en los mapas.

- Agua Chica no figura por ninguna parte, es como si no existiera - asintió Juliet Sindwall.

Mientras esperaban que les sirvieran el desayuno, dieron una vuelta por la casa: un rectángulo distribuido sobre dos pisos y construido con una simplicidad casi banal, coronada por un techo a dos aguas (que añoraba inútilmente la nieve), desde el que se alzaban, hacia el cielo, seis chimeneas mudas que nunca habían fumado. En cada habitación de la casa había un hogar con la leña y el atizador siempre listos, como nostálgico recuerdo de los fríos europeos, y los muebles eran de roble, adornados con carpetas de puntillas sobre las que descansaban los juegos de fina porcelana que aún no habían sido embalados. Sobre las cómodas de los tres dormitorios del piso superior el aroma dulce de la colonia de los perfumeros de cristal atraía incontables moscas, que revoloteaban desacralizando el ambiente con sus incesantes zumbidos. Todo era demasiado inglés para esa tierra polvorienta, y también muy refinado. La fachada de la casa, con los ladrillos rojos, las pequeñas ventanas y el techo de tejas oscuras, era ajena al paisaje y parecía sufrir terriblemente el haber sido expatriada a otras latitudes.

- En un comienzo, cuando llegamos, la nostalgia nos hizo creer que para sentirnos en casa bastaba imitarla - se justificó Juliet Sindwall, observando la decoración de su casa - pero sirvió para bastante poco. En aquella época la tierra la regalaban. Nos dijeron "Por allá encontrarán tierra libre" y así llegamos a Agua Chica. Nos adueñamos de toda la posible y trabajamos como mulas hasta enriquecernos. Sin embargo, nada consiguió atarnos a este lugar y sufríamos en silencio con cada ternero nuevo o con las buenas cosechas que no nos daban excusas para abandonarlo todo.

Se sentaron en la galería trasera que se continuaba en una vasta extensión de pastos secos, y más allá, detrás del alambrado, los animales se confundían con sombras alargadas de sol temprano. La criada les sirvió el té con bizcochos de manteca y ellos se entretuvieron por un buen rato discutiendo sobre la bondad de los diversos tipos de té asiáticos y espantando moscas. Con la sequía del otoño las moscas se habían vuelto aún más molestas, presintiendo el fatídico invierno.

- Es por la ciénaga y los animales, aquí uno no puede evitar las moscas - sonrió Juliet Sindwall alzando la paleta -. Durante el invierno no las verá y, por más ridículo que le parezca, uno termina por extrañar el zumbido. ¡Hay lugares donde hasta las moscas pueden ser una compañía!...¡Oh!, pero no quiero que piense que trato de desanimarle, tendrá tiempo para decidir por su cuenta si quiere quedarse o no.

Souza sonrió pensando que, después de todo, era casi lógico que, una distinguida señora inglesa, pudiera encontrar más entretenida la compañía de las moscas que la de los restantes seres humanos que habitaban un pueblo marginal como Agua Chica, y pensó que, tal vez, la opinión de la Señora Sindwall era un poco exagerada.

Durante el trayecto hasta la casa del Doctor Piña caminaron casi sin hablar, porque tenían la boca ocupada en hacer sonrisas a los vecinos de caras extrañadas que pasaban junto a ellos, y que no conseguían disimular que estaban allí sólo para verles. Cada tanto, algún que otro habitante de Agua Chica se detenía a saludarles con gestos, inclinando la cabeza de arriba hacia abajo, como si el arte de la palabra fuera una rutina olvidada, y luego proseguía andando como los demás, ida y vuelta por la única calle que desembocaba en la plaza donde se hallaba la iglesia y la municipalidad. Desde la llegada de Juliet y John Sindwall no se veían rostros nuevos, amén de algún que otro corredor que por casualidad tropezaba con Agua Chica en su camino y que, seguramente, la evitaría en un futuro, porque era un pueblo malo para los negocios, donde había sólo una inglesa que compraba telas o colonias.

El estudio del Doctor Mauricio Piña se hallaba en la entrada de una casa blanca, apenas atravesado el angosto y fresco zaguán de baldosas gastadas. La casa olía a papel y al moho abrazado en los rincones, escondido en la fresca penumbra, y también a las ratas que masticaban, imperturbables, kilos y kilos de expedientes, inútiles divagaciones archivadas por todas partes y acumuladas durante siglos. El ventilador, de paletas gruesas, giraba superfluo en la fresca brisa de una mañana otoñal, y el Doctor Mauricio Piña se restregaba, por puro vicio, el rostro de mofletes caídos con un pañuelo blanco bordado.

Hilario Souza prefirió permanecer de pie junto a la ventana, contemplando el gigantesco árbol de magnolias que cubría de sombra espesa el patio lateral de la casa del notario, mientras este último leía la escritura de compraventa, resbalando en las erres con un cierto gangoso estilo. De vez en cuando, Souza se volvía y agitaba la cabeza en señal afirmativa, pero lo hacía, más que nada, para mirar de reojo a la Señora Sindwall, su perfil recto recortado sobre el blanco marmóreo de su piel y su seno relleno, sojuzgado dentro de un vestido de cuello alto.

-Pienso que está todo en orden, ¿verdad? - preguntó finalmente el Doctor Piña, intercalando una tos aristocrática cada dos palabras -. El Señor Souza toma inmediatamente posesión de la propiedad de nuestra estimada Señora Juliet, que lamentablemente nos abandona...¡dicen que nadie sabe preparar el té como usted!

- Lamento que en veinte años de vivir en el mismo pueblo no haya conocido ni ésa ni otras de mis virtudes...- rió ella, alegre y maliciosa, ante la sofocación avergonzada del Doctor Piña.

-¡Pero si nunca las quiso dar a conocer a otra persona distinta del buen John... quien no hacía otra cosa que enumerarlas!

-Sí, sí, pero bien que corría al prostíbulo cada vez que iba a Asunción.

-¡Oh!, cosas de hombres, cosas del cuerpo...que en paz descanse y que bien le haya aprovechado - respondió el notario sonrojando y sacudiendo el pañuelo, saludando al alma de John Sindwall que descansaba entre los encajes de las cortinas -. Espero volver a verla antes de que parta

- Con el próximo tren dentro de una semana, si el Sr. Souza me hospeda en la casa durante esos días.

- No espero otra cosa que el que usted se quede por el máximo tiempo posible -respondió él, galante, lamentando que ella partiera y echándola de menos antes de conocerla.

Cuando salieron, la minúscula sala de espera del Doctor Piña estaba atiborrada de gente. Eran los mismos que antes habían encontrado por la calle, una pequeña nube de personas que les perseguía como una tormenta de verano.

- ¿Ha visto cómo nos persiguen? - dijo Juliet Sindwall indudablemente molesta.

-Me siento honrado ante tanta atención, en la ciudad apenas le miran a uno la cara y se sabe que cuando deje de ser una novedad y se acostumbren a verme, comenzarán a ignorarme.

- No se crea que va a ser tan fácil - antes de salir, Juliet se volvió a mirarles.

Era extraño, pero en más de veinte años de vivir en el mismo pueblo, no conocía el nombre de ninguno de ellos, como tampoco recordaba los rostros, que se esfumaban de su mente apenas los dejaba de observar.

Al pasar por la iglesia, Hilario Souza insistió en detenerse para conocer al Padre Humberto:

- Lo único que me queda es ser un buen cristiano, a mi edad uno no tiene muchas esperanzas de ser otra cosa - se excusó él, buscando el elogio que Juliet Sindwall no tardó en pronunciar.

- Creo que puede hacer muchas cosas mejores que rezar, hay tiempo para preparar el alma ...y el cuerpo también merece su parte, ¿no cree?

Souza decidió que tendría tiempo para visitar al padre Humberto, y pasando de largo delante de la iglesia se cruzaron con Anselmo, el fotógrafo, quien insistió en hacerle una foto de recuerdo a Juliet.

- Este es un lugar bueno y tranquilo, todos los que vienen se quedan de por vida - dijo el viejo arrugado y oscuro, con más años que la injusticia de los hombres sobre los hombros curvados, pasándose el dedo índice por el cuello gastado de la camisa, ceñido por una corbata negra que formaba pliegues

irregulares alrededor del cogote macilento -. Uno de los primeros fue un francés muy distinguido, que tuvo un accidente en la ciénaga, nadie lo veía desde hacia tiempo, pero la ciénaga devuelve todo lo que se traga; luego John y ahora usted, la única que no quiere quedarse es la Julieta. ¡Con esa casa tan linda que tiene!

- ¡Que tenía! Ahora es del Señor Souza - lo interrumpió Juliet -. Amén de que John estaba pensando en partir cuando murió.

- Sí, sí. Pero estaba escrito que era su destino descansar en esta tierra - respondió el viejo, que encontraba placentero hablar sobre muertos y tumbas - ¿Ve las flores, Julieta? - dijo señalando un florero colocado sobre el alféizar de la única ventana de la habitación -. Usted sabe que nunca olvidaré, y que mientras viva ese lugar tendrá mi eterno agradecimiento. A propósito, ¿qué hará con John: lo lleva con usted, lo sepulta en el cementerio o lo deja en la casa?

Juliet se movió incómoda en la silla mientras el viejo disparaba una foto y el flash iluminaba la habitación llena de trastos y de los rostros de Agua Chica.

- ¿Piensa que arrastraré un cadáver por medio mundo? Sería más justo devolverlo a su tierra, pero es imposible...creo que al Señor Souza no disturbará la tumba de John, está en el lindero entre los campos y las ciénagas - dijo volviéndose hacia Hilario Souza.

- Dejemos que los muertos descansen en paz. El Señor Sindwall seguramente no molestará a nadie.

- Los muertos no perturban a nadie, si es que están cautivos en el cementerio...- dijo Don Anselmo sacudiendo la cabeza negativamente. Tras una pausa continuó. - Usted habla muy bien nuestro idioma Don Hilario Souza, si no le molesta lo visitaré cuando vaya por esas zonas a sacar fotos, soy un apasionado de la ciénaga.

- Naturalmente, será un gusto encontrarle - respondió Souza pensando que tendría que inventarse una excusa para evitarlo.

Juliet Sindwall e Hilario Souza pasaron el resto del día recorriendo los campos a caballo. Juliet le presentó a los peones, a la servidumbre y a los vecinos más cercanos, los Peña-Peña, dos primos hermanos que se habían casado contra el consejo de los familiares y habían traído al mundo cuatro hijos medio

mongoloides de edad indescifrable, que pasaban el día apretujados en un sillón de la galería, mirando crecer las plantas y morir los ocasos.

Por la noche cenaron en el comedor principal. La mesa estaba adornada con candelabros de plata, que en breve irían a descansar dentro de los baúles, al igual que la porcelana de Wedgewood y las copas de cristal de Amberes. La casa comenzaba a desnudarse de la presencia de Juliet Sindwall. Marcas más claras delimitaban los espacios que hasta hacía pocas horas habían estado ocupados por los cuadros. Pocos espejos reflejaban la figura de ella, que se había soltado la trenza desplegando un reflejo de hoguera invernal por el aire lleno del olor dulce del *pot-pourry*. Hilario Souza observó a su alrededor con una cierta melancolía el desvanecerse de esa mujer que le hizo pensar que era lo único que le había traído a Agua Chica, y ocupó mentalmente los espacios vacíos con sus propios recuerdos africanos y asiáticos, pensando que eran poco adecuados para una decoración invadida por un anglicismo desmesurado.

- ¿Le molesta que le pregunte por qué enterró a su marido aquí y no en el cementerio?

- No somos católicos, pero el Padre Humberto exigía la conversión de John para dejarme enterrarlo entre los demás decentes muertos, mientras el pobre John agonizaba inconsciente.

- ¿Una larga agonía?

- ¿Vio esas flores en la ventana de Don Anselmo? Fue allí donde John se dejó el pellejo; estaba ayudándole a atrapar la cotorra que se le había escapado de la jaula y cayó de la escalera golpeándose la cabeza contra la ventana...duró dos días sin abrir los ojos.

- Lo lamento - dijo él mientras sorbía el café -, sé que no son asuntos míos, pero ¿no cree que está tirando veinte años de su vida por la ventana yéndose de aquí?

- Si me quedo desperdiciaría lo que me resta. Vine por John que me prometió una gran vida.... Venir aquí fue el único modo de abandonar la mina. Si John no hubiera muerto por culpa de la cotorra, lo habría hecho diez años antes con los pulmones destruidos en la mina de carbón..., pero me vino a abandonar,

en medio de este pueblo y de esta gente, justo cuando estábamos preparándonos para irnos.

- ¿Qué encuentra de malo en la gente de este pueblo? Parecen gentiles y... - él comenzó a descender con la mirada por el escote de Juliet, que ahora era generoso y amplio, y terminó olvidando lo que acababa de preguntar.

- No lo sé, aún no lo comprendo, tal vez nada en particular; en ocasiones es como si no estuvieran, pero estando presentes... - y al encontrar los ojos fijos de Souza se puso de pie, se acercó a él y, sin decir nada más, lo condujo escaleras arriba.

Por siete días crujieron los resortes, resonaron las argollas de la cabecera de bronce y se desprendieron las maderas del piso. Pasaban horas enroscados en la cama hasta quedar secos, escurridos, vacíos como frutas exprimidas. Las criadas, de tanto en tanto, se paraban detrás de la puerta para escuchar atentas el rechinar de los muebles, y espían por la cerradura, quedando boquiabiertas ante el espectáculo de la ex-patrona que cabalgaba sobre la cúspide del nuevo patrón. Y, como era de esperar, bien pronto los murmullos llegaron al pueblo.

- A la mañana pone flores al finado y por las noches cabalga al portugués, y él está como atontado, como si le chupara la sangre - comentaban las criadas en la plaza, delante de los puestos vacíos del mercado -. Y ella anda por la casa con el cabello rojo desparramado, medio desnuda y canturreando contenta como si ni sucediera nada, como si no se le estuviera por caer el cielo en la cabeza.

Las noches de jarana de los nuevos amantes pronto llegaron al Padre Humberto, quien se apresuró a efectuar una visita y regar la casa con agua bendita "Contra los malos pensamientos y las malas acciones", dijo a Hilario Souza que le observaba con la mirada desconcertada que había adquirido desde el primer día de su llegada. Las comadres cuchicheaban que había algo de brujería, algún hechizo en todo eso, ya que los animales se apareaban fuera de época y la tierra seca se abría en grietas femeninas; pero los hombres las ignoraban con un gesto despectivo y, diciendo que eran historias de viejas, muchos de ellos pasaban a escondidas por la casa de la inglesa, con la esperanza de recuperar lo imposible y

nunca poseída virilidad, gracias a los efluvios que rondaban la zona.

A pesar de tanta indignación y alboroto, los vecinos de Agua Chica continuaban prestando un oído atento a las novedades sobre los murmullos y caricias de los pecadores. No existía persona que no conociera el rumor exacto que hacían las enaguas de Juliet al caer sobre el piso y cuántas veces crujía el colchón hasta quedar mudo, y se llenaron de estupor al enterarse de que, no obstante los siete días de encierro y lujuria, Juliet partía esa misma mañana, y que dos mozos, con el ocio arraigado en la sangre, estaban llevando a la estación sus baúles, dado que el tren salía al mediodía.

Faltaba poco más de una hora para las doce, cuando el reloj de bolsillo de Souza le indicó que era hora de ir a buscarla, y se dirigió a caballo hasta el extremo de la propiedad, desde donde despuntaban del suelo la lápida de piedra y la cruz de madera en memoria de John Sindwall. Las nubes grises le volaban bajas sobre la cabeza, y las ráfagas de viento anunciaba la inminente llegada del temporal, que aplacaría el revuelo de tierra seca. Al llegar de frente a la tumba, Souza desmontó del caballo y la primera gota de lluvia le cayó sobre la larga nariz injertada en la cara de colores caóticos: ojos azules, cabellos cenicientos y piel mulata. Juliet no estaba allí. Sólo un ramo de flores testimoniaba su paso por la tumba del marido. Él la llamó gritando al viento, que le hacía tragar sus propias palabras, sin devolverle respuesta alguna.

A veinte metros de la tumba se abría un pequeño bosque de sauces, y más allá el margen incierto de la ciénaga, llena de los sonidos y de los seres verdes que la poblaban, rodeada por una soga de protección caída acá y allá. Souza se acercó. Creía haber visto una figura entre las ramas desanimadas de los sauces. La rienda atada al árbol se movía frenética tirada por la impaciencia del caballo de Juliet que no estaba solo. Cerca de allí los cuatro hermanos Peña-Peña estaban parados en el límite del terreno que ahora era de Souza, guarecidos del temporal debajo de los árboles.

- ¿Vieron a la Señora Sindwall? - les preguntó modulando las palabras

como se hace inútilmente al hablar con una persona que no entiende nuestro idioma.- ¡Tarados! - exclamó para sí ante la respuesta muda de los cuatro hermanos -. La Sra. Sind-wall, ¿la vi-e-ron?

- Estaba ahí antes de que la tirara - respondió el mayor secando con el dorso de la mano la baba que se le deslizaba por las comisuras de los labios.

- ¿Que la tirara quién? - se desesperó Souza tomándole por los hombros.

- Usted - contestó el que estaba al lado.

Sin conseguir contenerse, Souza extendió la mano y abofeteó la primera de las cuatro caras que papaban moscas y que ahora le encerraban en un círculo. Volteando las espaldas a una premonición que ya sabía incontestable, el portugués se abrió paso a los empujones entre los cuatro probables asesinos, y salió corriendo con su caballo hacia la casa, avanzando contra el viento y la lluvia que le flagelaban.

- ¿La señora no volvió? - gritó junto al oído de Juana, la criada más vieja, que barría el polvo de la galería que el viento volvía a arremolinar bajo la escoba.

- Si no la vio Usted que se fue con ella - dijo Juana sin mirarle.

El silbido del tren llegó desde lejos y él esperó que Juliet hubiera ya subido y que dentro de un mes pudieran reencontrarse nuevamente en la capital, como había prometido. Pero ya el jefe de la estación había dado la alarma: el tren había partido sin la única pasajera que esperaba. Poco después, casi todos los hombres del pueblo estaban dando vueltas desorientados por el viento, buscando sin ganas de encontrar.

Durante los dos días siguientes recorrieron estanques, bosques y campos. Souza llegó a aventurarse hasta el campamento de los gitanos, que eran poco amigos de las visitas. Al verlo llegar, una miríada de niños, que en Agua Chica no existían, bajaron de los carromatos cubiertos de toldos de colores desteñidos, desde los que se asomaban mujeres de grandes senos, adornadas con largos pendientes que caían como las gotas de lluvia. Los niños le rodearon burlándose divertidos de su larga nariz y de la desesperanza de su rostro, mientras Souza

hablaba con un viejo que se restregaba bajo la lluvia para quitarse la mugre del torso desnudo.

- ¿De Agua Chica? - dijo el viejo abriendo la boca huérfana de dientes - Agua Chica es como la muerte, ahí no se muere, no se nace... de ahí no se vuelve.

Al llegar de vuelta a la casa, el sueño del amanecer envolvía el pueblo y ya nadie buscaba. Souza se encerró en la alcoba y se extendió sobre la cama hundiendo la nariz entre las sábanas que aún olían a colonia dulce y piel sudada. Durmió un sueño turbulento por muchas horas, durante las que soñó con gitanos y ciénagas y con un monstruo de cuatro cabezas, y con Juliet, que le recitaba poesías junto al oído, mientras el Padre Humberto les rociaba con agua bendita que al tocarles se volvía verde y gelatinosa.

La lluvia ya no arrasaba el aire cuando el Cabo Pereira decidió entrar en la habitación y encontró un hombre con las ropas sucias y las botas embarradas aún puestas, enredado entre las sábanas bordadas de puntillas. Embarazado, hizo la venia y dijo con voz no muy firme:

- Cabo Pereira, Señor.

Ante la falta de reacción del otro decidió acercarse para sentir si respiraba. Le puso la cara cerca de la nariz y esperó a que exhalara el aire, mientras en la puerta de la habitación se agolpaban los criados curiosos.

-¿Quién es usted? - exclamó el falso muerto abriendo los ojos y tomando de sorpresa al Cabo Pereira, que de un salto se puso rígido e hizo la venia nuevamente.

- ¡Cabo Pereira, Señor Soza!

- Me llamo Souza, cabo - dijo Souza incorporándose, sin saber cuánto tiempo había estado durmiendo -. ¿Cualquiera puede entrar en mi habitación, Juana? - preguntó ofuscado a la única que no había hecho intención de escaparse y estaba parada junto a la puerta, sin temer la ira del nuevo patrón.

- Fui yo quien dio la orden - una voz avanzó desde el corredor y fue

seguida por un cuerpo bajo y ancho, que soportaba el peso de una cabeza imponente -. Sargento Pereira, un placer.

Souza se restregó la cara con las manos. Por un instante pensó que continuaba dentro del sueño y que los dos hombres que ahora estaban parados frente a él eran un juego de espejos del tiempo: una retrospección del pasado y del poco alentador futuro. Poco después supo que se trataba del Sargento Pereira y de su hijo, el Cabo Pereira, que constituían la autoridad policial, cuerpo de bomberos y ejército de Agua Chica.

- No es educado despertar a la gente de este modo, pero durmió por más de un día y no respondía a la puerta. Se podrá imaginar que no le íbamos a esperar por siempre. – explicó Pereira padre, indicando a su hijo que cerrara la puerta.- Estamos trabajando duro...

- Sí, sí - masculló Souza acariciando la barba de algunos días que le cubría el mentón y sintiendo que emanaba la fetidez de aguas estancadas y de arrabal que tanto detestaba -. ¿Saben algo de la Señora Sindwall?

- Lamentablemente, no...pensábamos que usted nos podría decir algo para facilitar las cosas. Aquí cuando uno se pierde sin dejar rastros queda sólo esperar que la ciénaga le devuelva – comentó el Sargento Pereira fijando la mirada sobre el lazo de raso negro que descansaba sobre la mesa de noche.

- Conocía bien la zona, es absurdo pensar que pudo caer en la ciénaga - dijo Souza, que continuaba sentado al borde de la cama aferrando la sábana.

- A la ciénaga no basta conocerla, es un ser vivo que se agranda y se achica a voluntad, como un pulmón – respondió el Sargento Pereira dirigiéndose con paso pesado hasta la angosta ventana -. Linda casa, rara pero linda - comentó volviéndose al cabo Pereira, que asintió con la cabeza enorme e imponente como la del padre. - Y si a uno le arrojan a la ciénaga, conocerla le sirve de poco.

- ¿Insinúa que la mataron...? – dijo Souza poniéndose de pie -. ¡Fueron esos cuatro tarados...los Peña-Peña, ellos estaban allí cuando la fui a buscar! - estalló acercándose a la ventana donde estaba parado el Sargento Pereira, apoyando la frente contra la pared revestida de un papel lleno de floripondios descoloridos.

- Ellos dicen lo mismo de usted - respondió con frialdad el Sargento Pereira.

En ese instante Souza comprendió que venían a llevárselo, y sabía que tenía que agradecer al cielo si ya no le habían preparado un cadalso a medida, erigido sobre la declaración de los cuatro mongoloides y de una vieja criada desmemoriada.

Le dieron el tiempo para asearse en la bañera de la señora. Por largo rato, hasta acabar con la paciencia del Sargento Pereira, permaneció flotando en el agua perfumada de azahares, absorto en un pensamiento vacío. Cuando le llevaron caminando hasta la jefatura, se unió a ellos una larga procesión de gentes que cuchicheaban originando un zumbido inhumano, similar al de las moscas.

- Este es un pueblo de gente tranquila y honesta - dijo el Sargento Pereira durante el trayecto, recordándole vagamente a Don Anselmo - aquí los problemas los trajeron siempre los extranjeros: el francés, que deshonró a la hija de un gitano y después se hizo el gallo. Quería irse y llevársela con él, pero terminó acuchillado en la ciénaga; el Sindwall que cuando andaba por casa estaba siempre borracho, o se iba al mercado de Asunción y estaba siempre en los prostíbulos, llenándose de pestes, y la inglesa aprovechaba para llevarse los mozos del campo a la casa... No es por criticar a los muertos pero... esa mujer era un verdadero demonio, ¿no?

Hilario Souza no abrió la boca y se negó a hacerlo hasta que no tuviera un abogado defensor, lo cual era difícil de conseguir en Agua Chica, como así también un juez que lo juzgara, que debía venir desde la capital.

Un tiempo lento resbalaba entre los barrotes de la celda de la cárcel deshabitada, que no tardó en convertirse en su mundo y que él se esforzó en poblar con el fantasma de Juliet, hasta transformarla en una realidad doméstica y acogedora.

Las hojas terminaron de abandonar los árboles, mientras el aire seguía

enfriándose y pasaba a través de los ladrillos húmedos de la celda. Algo avergonzado, luego de un largo vía crucis con su conciencia y con su esposa (como el mismo confesó a Souza), el Doctor Piña decidió finalmente ser su defensor. En una mañana gris, le explicó que la burocracia era lenta, que los jueces eran pocos, pero que mandarían uno especialmente para él, que había que armarse de paciencia y esperar. Y esperando llegó un invierno frío e inusual en una zona de clima templado. Reunidas alrededor de un brasero apagado, las comadres aseguraban que era el espíritu de la inglesa, que soplaría aliento de hielo hasta que no descansara en paz, o hasta que su asesino no fuera colgado de un palo.

- El juez se enfermó - comentó el Doctor Piña envuelto en el traje negro de mangas lustrosas y con una bufanda de vicuña marrón enroscada al cuello, sin que su aliento formara nubes de vapor al encontrarse con el aire helado de la celda -. Es cuestión de tiempo, tardará algún que otro mes en llegar, pero no se impacienta: antes o después de la cárcel se sale...

- La cuestión es cómo se sale - dijo como para sí Souza, emanando nubes de vapor que eran el único señal que le hacían recordar que aún estaba vivo.

Florecieron los capullos y el verde volvió a poseer las plantas que el invierno le había arrebatado; el aire se llenó de cantos de pájaros y zumbidos de insectos; las moscas emergieron persiguiendo fastidiosas a las personas. El Doctor Piña entró en compañía de su harén de moscas, espantándolas con la mano para que no le entraran en la boca, que exhibía la sonrisa de quien trae buenas noticias.

- Es posible que el juez llegue el mes próximo, si las lluvias lo permiten..., pero lo importante es que dos de los hermanos Peña-Peña dicen que nunca le vieron cerca de la ciénaga con la señora, pero los otros dos insisten en que sí, que quizá, que tal vez, y quedan mirando embobados al Sargento Pereira que está perdiendo la paciencia...es más, ya empiezan a dudar de haber estado en la ciénaga, y la Señora Peña salió diciendo que nunca habían llegado tan lejos - Souza apenas si sonrió ante la noticia, y quedó masticando una de las moscas de

Piña, que se le había metido en la boca apenas intentó abrirla, pero ya se había acostumbrado también a eso.

Con el calor intenso del verano, las cucarachas y los cascarudos apestaron la celda, para salvarse del diluvio que ahogaba las calles fangosas de Agua Chica, y de los remolinos de agua marrón y de los ríos de vida efímera, que no tardaron en filtrarse por el piso de la cárcel y en los pies de Souza que rebosaban reuma. Al terminar las lluvias del verano, la ciénaga desbordó devolviendo el cuerpo de una mujer, que todavía tenía enganchada, entre los dedos esqueléticos, una foto desvaída de Juliet Sindwall.

Pasadas las lluvias, con el ánimo limpio, las gentes recuperaron la memoria, o quizás recuperaron la vida como las fotos después de pasar por un baño de revelado.

Juana dijo que nunca había visto a Souza irse aquella mañana con la patrona. Los cuatro hermanos Peña-Peña se pusieron de acuerdo en que no habían visto a Souza y aseguraron que jamás habían llegado hasta la ciénaga, volviendo a compartir el mismo sillón desde donde contemplaban amaneceres y ocasos. El juez, sin haberse movido de la capital, dio por cerrado el caso, y el Sargento Pereira declaró ante el pueblo de Agua Chica que se había tratado de un accidente fatal: Juliet Sindwall había intentado recuperar esa foto, caída sobre la superficie traidora de lo que parecía tierra firme y había terminado ahogándose dentro de la ciénaga.

- El Señor Souza es un hombre honesto que puede tomar nuevamente posesión de sus tierras - declararon palmeándole el hombro durante la ceremonia que hicieron al dejarle libre, similar a la que habrían hecho en caso de ahorcarlo.

Los ladrillos rojos de la casa estaban cubiertos de un musgo verde y las hierbas crecían altas por todas partes, y también faltaban algunas puertas y ventanas. Pocas cosas habían sobrevivido al saqueo del interior que, según le explicaron, había sido obra de los gitanos, quienes, obviamente, también habían saqueado las vacas y todos los animales de corral. La propiedad de Hilario Souza se había reducido a pastizales vacíos y a una caja de ladrillos coronada de

chimeneas.

La tierra del otoño estaba seca y se agrietaba en heridas que recordaban el sexo de una mujer que espera ser fecundada. Hilario Souza miró a su alrededor y trató de recordar si alguna vez había llegado a Agua Chica. También los baúles habían desaparecido, y con ellos cuarenta años de vida. Le quedaba cuanto llevaba puesto y sus pies reumáticos que ya no podrían llevarle muy lejos, ahora que tampoco había un tren que se detuviera en Agua Chica, si algunas vez lo hubo.

Pasó los primeros dos días de libertad luchando por despertar de un sueño que lo enmarañaba, hasta que juntó fuerzas para ir a visitar la tumba de Juliet que yacía junto al marido. El polvo seco cubría el nombre mal escrito sobre la piedra: "*Julieta Singuol*". Cerca de la ciénaga una sombra se movía.

- ¿Visitando a la pobre Julieta, Don Hilario Souza? - dijo Don Anselmo desde detrás de la cámara fotográfica -. Parece mentira el destino de las personas, ¿no?: terminaron los dos descansando aquí. Eh, sí, así estaba escrito. Lamento mucho lo de su casa, pero esos gitanos no tienen compasión ni de un hombre inocente que está en la cárcel. ¿Está pensando en irse?

- Tal vez sí, tal vez no - respondió Souza al que el tiempo solo había aumentado la mirada de desconcierto y la nariz, que pendía como un pimiento marchito de la cara demacrada.

- Tengo un recuerdo para que se lleve en caso de que consiga irse de algún modo - sonrió el viejo Anselmo con una sonrisa desdentada de gitano bajo la lluvia. Tras rebuscar como si se tratara de un truco de magia, extrajo del bolsillo del pantalón una foto, un retrato de Juliet Sindwall. - La guardé para Usted. Pensé que le gustaría conservarla - dijo extendiendo la mano hacia Souza, pero la foto cayó accidentalmente de su mano temblorosa.

Souza la recogió al vuelo, sin despegar los pies de donde estaba parado. Esta vez era él quien sonreía, y arrojó la foto en dirección de Don Anselmo quien, infructuosamente, se abalanzó para atraparla. Indiferente, Souza observó al viejo hundirse silencioso en la ciénaga que amaba fotografiar, arrastrando consigo la

vieja máquina fotográfica, sus recuerdos y un sueño llamado Agua Chica. El portugués se fue cuando ya no se veían los pelos del viejo Anselmo a ras de la tierra que lo había devorado, sin imaginar que ya no habría más nadie que pudiera recoger la vieja cámara fotográfica y la foto desvaída que la ciénaga devolvería con las próximas lluvias; ni tampoco que regalaría a los gitanos una leyenda sobre un anciano portugués que rondaba la zona, perseguido por el zumbido de las moscas y masticando una curiosa historia sobre un pueblo hecho de sueños y fotos, al que nunca llegó.

Sobre la autora



Andrea Zurlo: Nacida en Rosario (Argentina) el 9 de noviembre de 1963, reside en Italia desde 1990, donde ejerce su profesión de Traductora literaria y técnico-científica de Inglés – Italiano – Español (graduada en 1985 en el Instituto Superior Nacional del Profesorado, Rosario, Argentina). Miembro de la A.N.I.T.I. (Asociación Italiana de Traductores e Intérpretes) posee una dilatada experiencia en la traducción técnica y publicitaria.

Su formación literaria se vio influenciada, principalmente, por la literatura iberoamericana moderna y por la literatura contemporánea inglesa y estadounidense.

Formó parte del foro de escritores iberoamericanos “*Sensibilidades*” (hasta la fecha de su cierre), y, actualmente, forma parte del foro literario “*Iceberg-Nocturno*”.

Tiene publicados 4 cuentos de su autoría (*El hombre del clavel*, *Fin del Juego*, *La muerte (verdadera) del hombre araña* y *Tratamiento para obesos*) en la **Antología Sensibilidades Oro 2005** (Madrid 2005), y otros en la **Revista Literaria Sensibilidades** (en Internet) y en la web El Escribidor y en el ya citado Foro Iceberg-Nocturno.

También fue invitada por la **Asociación de Escritores de Mérida (Venezuela)** para participar, con otros cuatro cuentos, (*De los ardores de Doña Carmencita* y *el circo*, *Plenilunio*, *De incomprensiones y celulares*, *Vida de perros*) en la publicación de la "**II Antología de la Asociación de Escritores de Mérida (Venezuela): Relatos de humor sin extrema-unción**"(2005-2006), subsidiada por la Dirección de Literatura del Consejo Nacional de la Cultura (CONAC) de Caracas y presentada también en el Ateneo de Madrid el 7 de julio 2006.

Miembro en calidad de Socia fundadora de la Asociación Cultural de Escritores y Poetas <Iceberg Nocturno-letras escritas comentadas> (ACUDE-INOLESCO), Madrid.

Mayo 2007, publicación de la novela de su autoría “El Sendero de Dante” (Editorial Jirones de Azul, Sevilla, España)

e-mail: andrea.zurlo@virgilio.it - rzurlo@aliceposta.it